

## La recepción política de *El pensamiento de Cervantes*

Raquel Arias Careaga  
(Universidad Autónoma de Madrid)

*Don Natalio Rivas manda que se lea ritualmente en las escuelas el "Quijote"—disposición que no se cumple—, ignorando que los maestros no están preparados para realizar esa tarea, por lo demás improcedente y absurda. En fin, este desamparo en que se encuentran los estudios hispánicos se revela en un hecho bien elocuente: no existe aún en España un libro que se pueda leer sobre la personalidad literaria de Miguel de Cervantes. [...] La necesidad de ese estudio sigue sintiéndose ahora lo mismo que antes. Y después de esto, que no nos fastidien con himnos y laudes a Cervantes, genio de la raza, de una raza que es impotente para hacer por su genio la centésima parte de lo que en cualquier país se ha hecho por los escritores de análoga talla. (Américo Castro 1920)*

*El pensamiento de Cervantes* nace de una necesidad y de una carencia. La carencia es la que Américo Castro percibe en los estudios dedicados a la obra de Cervantes, estudios que eluden al autor o incluso lo minusvaloran para quedarse solo en el análisis de los textos. Esta carencia, bien descrita en el prólogo de la obra que Castro publica en 1925, pero ya sentida antes como demuestra la cita que abre este artículo, provoca la necesidad de proponer una lectura que trascienda los acercamientos parciales que se habían hecho a la figura del autor de *Don Quijote*. En dicho prólogo a *El pensamiento de Cervantes* se insiste en subrayar la postura crítica que ha evitado cualquier problematización de la figura de Miguel de Cervantes: “La tendencia de la crítica ha sido, en efecto, suprimir la busca de problemas en Cervantes; su consigna parece ser: ‘Aquí no pasa nada’” (Castro 1972, 15). Nada podía resultar más estimulante para Américo Castro que la pretendida ausencia de conflictos en torno a la figura del autor de la primera novela moderna, como él mismo había de calificar a Cervantes. Desde Rodríguez Marín a Menéndez Pelayo, Castro pasa revista a los distintos acercamientos críticos que han asumido “el lamentable prejuicio de que Cervantes era un hombre de la calle, apto sólo para percibir, intelectualmente, vulgaridades e insignificancias” (Castro 1972, 17). Milá y Fontanals, Juan Valera, Fitzmaurice-Kelly, Morel-Fatio o Ángel Ganivet son algunos de los estudiosos que han determinado una visión de Cervantes que Américo Castro resume con toda la ironía que caracteriza su estilo:

Es un español más de su época, no de los más cultos, sino de los más vulgares, que no tuvo tiempo de instruirse mucho, y que por milagro del genio tutelar de los grandes vates produjo una maravillosa obra de fantasía, que no necesitaba para su elaboración sino eso, fantasía. De aquí al tema de la inconsciencia de Cervantes no hay más que un breve salto. (Castro 1972, 18)

Esta postura contamina los estudios posteriores y se convierte en acicate para que Américo Castro dé un paso hacia el análisis de la figura de Cervantes integrando todas sus obras y alejándose de la perspectiva que ve en *Don Quijote* la única obra plenamente válida del autor. De esta forma, *El pensamiento de Cervantes* se convierte, sin duda, en una obra de ruptura, de replanteamientos, de nuevos caminos que no podía

dejar indiferente al mundo de los estudios literarios. Como declara el editor de la obra de Castro en 1972,

Desde 1925, los estudios cervantinos publicados forman abrumadora lista. Me atrevería a decir que la mayoría de ellos, si no todos, parten de *El pensamiento de Cervantes*, bien para rechazar las ideas en él expuestas, bien para utilizarlas o desarrollarlas. (Rodríguez Puértolas en Castro 1972, 20-21)

El propio Ernesto Giménez Caballero (1925) saluda el libro de Castro sobre Cervantes como el punto de inflexión de su trabajo crítico, su mayoría de edad dentro del mundo de la filología. Lo que es indudable es que el estudio presentaba una visión de Cervantes muy alejada del genio instalado en el Olimpo de los poetas para situarlo en el centro de los problemas que en su época afectaban a la construcción de las obras literarias. La lucha entre una literatura idealista y una “literatura con inclinación hacia la materia” (Castro 1972, 28) es crucial para entender las propuestas de sus obras. La extraordinaria capacidad para resolver esta dicotomía que se encuentra en *El Quijote* es el rasgo que diferencia esta novela de otras obras del autor, pero es muestra de la reflexión que Cervantes ha llevado a cabo y de la que Castro encuentra pruebas irrefutables en sus producciones teatrales, por ejemplo.

Como se puede observar en la trayectoria que establece Aniano Peña al analizar el acercamiento de Américo Castro a la realidad española y a la figura de Cervantes, la situación cultural de profundo atraso intelectual en que vive inmersa España a principios del siglo XX tiene que ver con el rechazo de la disciplina científica y de sus métodos. Castro se sitúa entre los renovadores, lo que significa necesariamente mirar hacia Europa. Así, su estancia en la Sorbona será fundamental para aproximarle a las técnicas de estudio y de análisis tanto francesas como alemanas. Esto implica la aplicación del rigor científico como piedra angular de cualquier trabajo académico, el rechazo de la pura erudición que tanto éxito había tenido entre los intelectuales españoles de la generación anterior con Marcelino Menéndez Pelayo a la cabeza, y el establecimiento de una “visión universal, global y sintética como exigencia de la ciencia moderna” (Peña 67). La influencia de Ortega y Gasset y su coincidencia con los postulados de don Américo será total en esta primera etapa. En realidad, ambos están proponiendo una modernización de la cultura española que pasa necesariamente por el acercamiento a Europa.<sup>1</sup> Acercamiento que pasa también por la destrucción de mitos y prejuicios instalados en los estudios hispanistas del momento. Así, por ejemplo, el 28 de enero de 1925, el mismo año en que aparece *El pensamiento de Cervantes*, Castro da una conferencia en la Biblioteca Popular del distrito del Hospicio de Madrid titulada “Aspectos modernos de nuestra literatura antigua”, en la que, entre otras cosas, critica que “en el extranjero se piense que España ha sido siempre un pueblo medieval, sin renacimiento” (*La Época* 29 de enero de 1925, 3). Es una primera etapa en la que intenta rescatar la cultura española de las simplificaciones a que ha sido sometida. Después él mismo será consciente de la complejidad del devenir histórico español.

Pero no es solo el pasado lo que interesa a Américo Castro; el análisis de la España contemporánea le lleva de nuevo hacia Cervantes: “En la España de Cervantes, como en la de mi juventud, en la Universidad se cultivaba poco el saber por el saber; la finalidad perseguida era lograr un título que permitiera situarse socialmente como

<sup>1</sup> José Portolés (1986) ha rastreado las influencias de filósofos y filólogos alemanes en la obra y el pensamiento de Américo Castro, señalando de paso la originalidad de sus planteamientos a partir de la asimilación de métodos y de conceptos de Wilhelm Dilthey o de los tomados del mundo de la lingüística a través de Hugo Schuchart o Karl Vossler y Wilhelm von Humboldt.

abogado, médico o en alguna otra profesión” (Castro 1971, 92). Si los paralelismos con el siglo XVII están lejos de haber sido superados, las causas de esta situación serán rastreadas en la evolución histórica, pero sobre todo ideológica, de la peculiaridad española. Así, en 1967 Castro insiste en esta idea al prologar una edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* publicada en Buenos Aires; quizá lo más preocupante es que todavía en ese año se sigue negando la verdadera situación de la España de Cervantes: “Se continúa repitiendo —con ingenua o intencional simplificación del problema— que Cervantes era hombre de su tiempo, sin la menor noción de cómo era aquel tiempo, durante el cual una omnipotente mayoría decidió que lo único “limpio” y respetable era el solemne y sosegado no razonar” (Castro 1967, XXI-XXII).

La posición de Américo Castro se enfrenta con la tradición de un pensamiento guiado y controlado por aspectos que nada tienen que ver con el espíritu científico y mucho con la fe. Con una de las preguntas que él mismo se plantea en 1925 se puede resumir su opinión sobre la situación de la España en la que vive: “¿De dónde viene tanta miseria moral?” (Castro 19 de marzo de 1925, 8). La observación y análisis de la situación le lleva a ver en la aceptación de explicaciones que no necesitan de un razonamiento lógico, que deben ser aceptadas sin cuestionamiento alguno, la verdadera tradición del pensamiento español. La postura anticlerical de Castro es clara desde sus comienzos: “En el mundo del pensamiento y de la ciencia el problema está juzgado: la cultura es laica y muy de este mundo. [...] Parecen hoy de un asombroso arcaísmo las polémicas del siglo pasado acerca de las incompatibilidades entre la fe y la ciencia” (Castro 1921, 5). La influencia de la Iglesia Católica se convierte así en uno de los obstáculos principales para que la ciencia pueda alcanzar un verdadero desarrollo en España. Desde esta perspectiva es natural su interés por la figura y el pensamiento de Erasmo de Rotterdam, ya que representa una posibilidad de aceptar y conjugar distintos aspectos de la realidad humana negados por el catolicismo tradicional y contrarreformista. Como afirma Aniano Peña (76), “Erasmo poseía un concepto de religión totalmente moderno. Aspiraba a un cristianismo en armonía con la actitud científica del hombre inteligente y con el libre ejercicio de la religión”. Pero en la España de comienzos del siglo XX esa postura sigue siendo inadmisibles.

Y es en este punto en el que las convergencias entre el estudioso y el objeto de estudio empiezan a resultar muy productivas. Cuando Américo Castro se pone a analizar al gran escritor español, autor de la novela más importante y que más trascendencia ha tenido en la cultura internacional, no pretende en ningún momento apropiarse de su figura para defender los valores de una España tradicional. Muy al contrario, lo que hace es mostrar la distancia que separa a Cervantes de esos valores: “Cervantes contemplaba a España desde su periferia o, más propiamente, desde sus arrabales” (Castro 1967, XXI), y explica con más detalle:

La necesidad de colocar a Cervantes en la zona minoritaria de aquella sociedad, en sus afueras, al margen de muchas de las estimaciones entonces en vigor. No coincidía con el vulgo en asunto tan central como asentir al criterio de la “opinión” en materia de honra. Se mofa abiertamente de quienes prefieren ser cautivados por los turcos, antes que ponerse al remo junto con los galeotes [...]. Cervantes no juzgaba lícito ni cristiano matar a la esposa infiel, ni ensalzó la nobleza o hidalguía hereditaria. Sus opiniones en este punto coincidían con las de *La Celestina*, y con las de otros escritores no cristianos viejos. (Castro 1967, XVIII-XIX)

Y aquí entramos en una de las propuestas más importantes que planteaba *El pensamiento de Cervantes* en 1925 y uno de los puntos que todavía hoy sigue resultado controvertido e inaceptable para muchos estudiosos y críticos. En 2003 Diego Martínez Torrón, quien califica en estos términos esa obra: “Américo Castro y su admirable y aún vigente *El pensamiento de Cervantes*” (43), señala después como una obsesión casi enfermiza la afirmación que hace Castro de la naturaleza conversa de Cervantes: “No hay nada de converso en su actitud, y es hora de afirmar, como ya hacen muchas voces, que Américo Castro en sus admirables estudios magnificó un tema obsesivamente” (45). Por su parte, Alberto Porqueras Mayo (83) reproduce las palabras que le dirigió por carta Eugenio Asensio: “Pienso que Castro nunca probó, ni de lejos, que Cervantes fuese 'converso' (palabra que no sé a punto fijo lo que quiere decir)”. Sin embargo, para Américo Castro es condición imprescindible que esto sea así para poder explicar el origen del *Quijote*: “Fue también requisito *sine qua non* el que Miguel de Cervantes — un auténtico cristiano— perteneciera a la casta de los cristianos nuevos”, que, como afirma Castro, “era también un modo de ser español” (Castro 1967, LXVI). Es lo que el propio Castro denomina el “antisemitismo retrospectivo”, que no permite a estudiosos e historiadores comprender no solo la figura de Cervantes, sino también la de otros escritores, sin duda cristianos, pero pertenecientes a la casta, a la condición de cristianos nuevos, con todo lo que eso acarrea en la época. Pero Castro insiste una y otra vez: “Cervantes no era hereje, ni racionalista, ni enemigo de la Iglesia, en cuyos dogmas creía” (Castro 1967, XC). Y aun más, también don Quijote es representante de dicha casta, y sus anhelos de encontrar un nuevo destino, un nuevo nombre, de desligarse del tronco familiar, de encontrar un camino en soledad, son analizados por Américo Castro como signo ineludible de su condición de cristiano nuevo.

No es nuestro objetivo discutir o argumentar aquí estas afirmaciones, pero es imprescindible retomarlas para comprender el efecto que las mismas habían de tener sobre la recepción que el libro de Américo Castro y sus trabajos posteriores sobre el más fundamental autor español iban a cosechar en ambientes intelectuales y políticos en general. Sin embargo, no es posible hablar solo de libros, estudios, textos eruditos y académicos. También las actitudes personales son esenciales para entender la recepción de los trabajos de Castro, y cómo no, la situación histórica en que se producen esas reacciones antes sus obras.

Su actividad como divulgador de la importancia de la cultura española, sus viajes y conferencias, trascienden el mundo académico desde muy temprano. Será noticia su viaje a Argentina y Chile, que aparece reseñado en *La Acción*, dando cuenta de su participación en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires o el banquete que en su honor organiza el Rector de la Universidad de Chile en 1923. En 1928 volverá a visitar diversos países hispanoamericanos, recorriendo México, Cuba y Puerto Rico impartiendo ciclos de conferencias con un resultado extraordinario en cuanto a la afluencia del público. Los periódicos en España darán cuenta de la recepción que tienen sus charlas, llegando a calificar el viaje de “Cruzada hispanista” (*El Sol* 26 de diciembre de 1928). Y es don Américo sin duda muy combativo precisamente en lo que se refiere al estado de la educación en nuestro país. Serán muchos los artículos escritos a propósito del tema (véase la bibliografía adjunta), o las conferencias impartidas, que después provocarán variadas reacciones que obligarán a don Américo a explicarse o insistir en el tema (un ejemplo es su artículo del 21 de diciembre de 1922) o el fundamental libro que publica en 1924 *Lengua, enseñanza y literatura*. Sus posturas le van a acarrear acusaciones que poco tienen que ver con los planteamientos objetivos que se diseminan por sus obras y mucho con las posiciones ideológicas de los que se enfrentan a ellas. Así, P. M. Vélez (450) utiliza precisamente este libro para embestir

contra Castro partiendo de desacuerdos con sus análisis lingüísticos, llegando a hacer afirmaciones sin duda pintorescas para lo que fue el devenir de la obra de Castro, como cuando el autor citado exclama: “¡Cuánta simplicidad y cuánto sectarismo! ¡Lástima que al Sr. Castro no le haya enseñado más la historia!” para acabar concluyendo:

Por fin, veo que el Sr. Castro, como buen ateneísta, no está muy conforme con el Directorio (200, 223 y 225). A nosotros tampoco nos llena; pero nos conformamos, porque quiere trabajar honradamente, y trabaja lo que puede, dando a España paz dentro y prestigio fuera, paz y prestigio que no teníamos. Si los ateneístas y los republicanos *puritanos* de la Institución Libre de Enseñanza fueran, con toda su ciencia y pedagogía, más españoles y menos miopes, lo verían y lo aplaudirían con toda su alma (Vélez 451).

El libro es atacado varias veces y molesta especialmente que no se defienda en él una visión hegemónica de España. Castro aparece calificado nuevamente como sectario y afín a la Institución Libre de Enseñanza, para a partir de ahí enjuiciar sus obras: “No posee estilo, escribe medianamente, a pesar de sus conocimientos filológicos meramente teóricos, y fruto de su ingenio es el libro *Lengua, Enseñanza y Literatura*, 1924, que a vuelta de ciencia lingüista, muy apreciable, contiene errores de bulto y cierta despección [*sic*] a las cosas de España, más propia de quien no ha nacido en ella ni encarnado en ella”, se comenta en la revista *Oro de Ley* (323), en su “Resumen de literatura” de 1926. Su nacimiento casual en Brasil es traído a colación para justificar lo que la derecha considera antipatriotismo. Y es que Américo Castro no acepta tampoco la imposición de una visión patriótica de España. Ni la religión ni la patria. Desde la década de los veinte, su postura política le aleja de la España más tradicional, que no dudará en contarle entre sus enemigos. Ante el proyecto, descabellado en su opinión, de preparar un libro con lecturas patrióticas encaminado a ser impuesto en las escuelas será tajante y claro: “Lo que es extraordinario es que se haga un libro oficial de patriotismo para imponer su lectura dogmáticamente a los niños, en forma tiránica y antipedagógica, del mismo modo que se impone ahora el Catecismo, de Ripalda (jerigonza incomprensible para los chicos), y el Epítome de la Academia (cúmulo de dislates gramaticales, que la cultura y el buen sentido rechazan)” (Castro 4 de octubre de 1921, 5). Nuevamente, la preocupación por la instrucción y la educación son la conclusión de su artículo contra dicho libro patriótico: “En fin, obra verdaderamente patriótica sería impedir que en pleno Madrid haya unos 40.000 muchachos que no tienen forma de recibir la menor instrucción, por no tener el Estado bastantes maestros ni escuelas que puedan dársela”. En cuanto a la educación superior, la misma preocupación atenaza a quien sería uno de los catedráticos más activos y más presentes en todo tipo de actividades. Pero su desengaño ante la institución universitaria es total, no escapando de sus críticas ni profesores ni alumnos, como declara en un artículo de 1922:

Nuestra incapacidad como dirigentes de la Universidad está de manifiesto; quedaba empero un destello de esperanza en los muchachos, en los estudiantes. Confiábamos en que no se resignarían estos a la tiranía del libro de texto, ni al local inmundo, ni a la ausencia de excelentes bibliotecas y laboratorios, ni a la estúpida ignorancia de algunos pseudomaestros... Pero el estudiante es hoy por hoy, miope de espíritu y servil ante el que blande el rayo del suspenso. La vida universitaria le deja indiferente, y sería incapaz del menor esfuerzo para mejorarla. (Castro 18 de febrero de 1922, 6)

En agosto de ese mismo año 22, será tajante sobre este tema: “La Universidad española constituye hoy una vergüenza nacional” (Castro 9 de agosto de 1922, 4). Pero en 1925 las cosas no habían mejorado mucho, como demuestra su decepción ante la indiferencia generalizada que observa a su alrededor en el mundo académico:

A mí me subleva, cada vez que voy a la Universidad, que los estudiantes se resignen a permanecer de pie en aquellos pasillos astrosos y no reclamen unas salas decentes donde estar, con asientos cómodos y limpios, con libros y revistas como en el Ateneo, por ejemplo. Los extranjeros se asombran al ver nuestro Ateneo. Está muy bien; en París no hay nada como eso.

¡Cómo lo va a haber! Si la Universidad es el Ateneo, ¿para qué una sociedad que supla su ausencia en cuanto a biblioteca? Pero el Ateneo es un lugar para privilegiados. De los miles de estudiantes que hay en la Universidad de Madrid, ¿cuántos pueden ir a los salones de la calle del Prado? El antro que en la Universidad usurpa el nombre de biblioteca es un sitio donde no hay libros útiles, y ¡que está cerrado a las horas en que los estudiantes podrían ir a ella! ¿Hay cretinismo igual? Ha sido inútil zarandear a la Universidad durante muchos años. He sido el único que haya dicho una y otra vez que eso no puede ser. A profesores y alumnos—y por descontado a los bibliotecarios—les parece tal organización la cosa más natural del mundo. (Castro junio 1925, 4)

En 1928 insiste y denuncia de nuevo el atraso de la institución educativa en España (6 de enero de 1928). Tanto sus opiniones como sus declaraciones políticas van a ser contestadas no solo en ese plano, sino que serán trasladadas a sus estudios académicos, que no se librarán de la ira de los que no comparten ni aceptan su visión de la España contemporánea. Luis Astrana Marín, por ejemplo, aprovecha un artículo de 1925 sobre *El Buscón* para recuperar un trabajo de Castro de 1911 y atacarle en su labor filológica, como si después de ese año no hubiera escrito nada más. Y es que su actitud de crítica confrontación con el gobierno impuesto durante los años de la Dictadura es evidente en cuanto escribe y hace, como su participación en el homenaje a D. Pedro Sainz el 27 de octubre de 1924 durante el cual se dijeron cosas como que “las dictaduras no han salvado nunca la dignidad de los pueblos” (*El año político*, 1924, 373) y que acabó en un tumulto interrumpido por una sección de guardias de seguridad. También es notoria su defensa de la enseñanza pública frente a la privada, controlada esta última por las órdenes religiosas y que con toda demagogia es denominada “libertad de enseñanza”:

¿No conocen ustedes a un profesor que se llama Américo Castro? Ni nosotros; pero se lo vamos a presentar a ustedes. Cierra contra la libertad de enseñanza en España desde la jaula del *Heraldo*, después de ensalzar esta libertad y reconocer su vigencia “en muchos países progresivos”. Es curioso. Las demás *libertades* se introducen en España, se imponen, se codifican y se amenaza a quien osare tocar a ellas... en razón de estar vigentes “en muchos países progresivos». Pero con la libertad de enseñanza no reza esa... ¡razón! ¿Por qué? El profesor Américo Castro sostiene que en esos “países progresivos” puede y debe haber libertad de enseñanza, porque en esos países progresivos hay “honradez intelectual”. La consecuencia es... digna del *Heraldo* y de su profesor: en España ni debe ni puede darse libertad de enseñanza, porque en España no hay honradez intelectual. Al cabo no logramos nuestro deseo de presentarles a ustedes al profesor Américo Castro. No hemos podido presentarles más que los pies. Pero,

en fin, por la uña se saca el león, y por los pies los sabios profesores del profesorado heraldino. Capaces de dejarle señalada para tiempo la huella de su calzado al lucero del alba.

Con estas palabras se despacha un artículo anónimo de *El Siglo Futuro* en 1926 (1). La incansable defensa de la enseñanza pública que hace Castro se verá duramente contestada durante todos estos años, como en 1930, cuando se le ocurre poner ejemplos concretos de los profundos defectos y peligros que entraña dejar la instrucción de un país en manos de personas no preparadas y con otros intereses, como son las órdenes religiosas. Sus referencias al Colegio Cántabro (véase 17 de julio de 1930; 7 de abril de 1931) levantarán toda una polvareda y le vuelven a señalar como enemigo declarado de la Iglesia Católica. Un tiempo después, frente a esas instituciones privadas, Castro defenderá con entusiasmo la labor que en muy pocos años ha hecho la República en este terreno, y comenta emocionado la cantidad de escuelas levantadas. Sin embargo, su acercamiento a la realidad española le hace ser consciente de que el problema de país no es solo de falta de escuelas: “La tarea es de increíble dificultad. Porque no basta con alzar los locales—sumas ya para nosotros fabulosas—; no basta con poner en ellos a millares de maestros, ni con la correspondiente legión de inspectores. La realidad descubre hoy que si se quiere contar con suficiente población escolar, y en condiciones de rendir un esfuerzo útil, hay que empezar dando de comer a gran número de niños, porque muchos de ellos llegan al colegio con una provisión estomacal nula, o casi” (Castro 18 de diciembre de 1932, 1). De igual manera, y coherente con sus quejas de largos años, apoyará la reforma universitaria aprobada por la República en 1933 (Castro 25 de marzo de 1933, 5).

Pero sus opiniones sobre la enseñanza afectan también a la forma en que es recibido su libro sobre Cervantes por parte de los comentaristas católicos, como la rotunda afirmación, no argumentada ni demostrada, de P.N.M. (1926, 71), que acusa a Américo Castro de haber interpretado mal el *Quijote* con “criterio anticatólico y antihistórico”.

En 1927, en la España de la dictadura del general Primo de Rivera, el Ateneo de Madrid convoca a los madrileños a pasar por la legación mexicana para manifestar su apoyo a la decisión del presidente Calles de expulsar del país a todos los sacerdotes católicos que no fueran de nacionalidad mexicana. La medida afectó en su mayoría a sacerdotes de origen español. Américo Castro acudió a la embajada mexicana para manifestar con su firma su acuerdo con esta decisión el 30 de enero de ese año y a la salida fue detenido junto con Luis Jiménez Asúa durante unas horas. Una vez liberado, lo primero que hizo Castro fue escribir su renuncia al cargo de asesor en la Oficina de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado, que ostentaba desde el 17 de noviembre de 1921, dimisión que presenta el 31 de enero de 1927 (*Crisol* 26 de mayo de 1931, 9). Las actitudes políticas de Castro o sus posiciones ideológicas son sin duda las de un intelectual liberal de la época<sup>2</sup>, lo que incluía además el profundo sentimiento anticlerical ya mencionado. Es evidente que su conocimiento de la tradición histórica española y la indeleble presencia de la religión católica le lleva a concluir que esa influencia religiosa en la vida española a lo largo de los siglos no ha podido ser más nefasta para todos los campos del saber y de la vida cotidiana de los españoles. El traslado de este sentimiento a sus propios estudios no es, sin embargo, visceral; antes al contrario, se trata de la aplicación de un riguroso análisis científico que pueda demostrar

---

<sup>2</sup> Adolfo Sotelo Vázquez (1985) hace un repaso de las conexiones de Américo Castro con los intelectuales de su época y analiza los textos que publica en la prensa durante los años anteriores a la Guerra Civil, en los que se ven muy bien estas posturas ante la regeneración de España.

los efectos que en la cultura ha tenido dicha influencia. De ahí la importancia de sus estudios sobre Erasmo o sobre los conversos y su posición en una sociedad profundamente intolerante.

Pero no solo es clara su postura ante la institución eclesiástica. El 21 de abril de ese mismo año 1927 había votado en el Claustro general ordinario de la Universidad Central junto a Negrín, Besteiro, Sánchez Albornoz y otros intelectuales, en contra de la decisión de la Universidad Central de Madrid para que fuera nombrado “doctor *honoris causa*” y rector honorario nada menos que Alfonso XIII, “quien no poseía mérito alguno para doctorarse, si no fuera en las artes del perjurio y la felonía”, en palabras del diario que da la noticia (*El Socialista*, reproducido en *Crisol* 28 de abril de 1931, 16). De todas formas, no hay que olvidar que la votación se saldó con 51 votos a favor y solo 14 en contra.

Los últimos años de la Dictadura representan un salto cualitativo en la conformación de las teorías históricas de Castro sobre España. Se suceden conferencias, claramente la base de libros posteriores, sobre la presencia de los judíos en el devenir histórico español, el papel de las minorías, artículos sobre las fuentes de la Historia española. Si sus libros han sido duramente atacados, como se ha visto, desde posiciones ultraconservadoras católicas, también desde la izquierda se van a leer en clave de presente, como el largo y entusiasta artículo que dedica Andrés Bellogin a *El pensamiento de Cervantes* en 1929, de cuya lectura extrae el comentarista la siguiente consecuencia: “Leyendo a Cervantes se saca la convicción de que, a vivir en estos tiempos, Cervantes habría sido antinacionalista, puesto que muchos nacionalismos que ahora se estilan posponen los vitales intereses de la Humanidad toda a conveniencias ocasionales de una *patria*”.

Cierto es, sin duda, que la imagen de la patria que tiene Castro no coincide en absoluto con el nacionalismo estrecho y monolítico de la derecha española. Su participación en el acto de confraternización entre intelectuales castellanos y catalanes deja clara su postura en cuanto a la diversidad peninsular. *El Heraldo de Madrid* reproduce las palabras de Américo Castro (24 de marzo de 1930, 16) en aquel acto celebrado en marzo de 1930:

En tanto que el resto de España no comprenda el hecho catalán, España estará sometida a todas las desdichas. (Gran ovación que dura largo rato.)

Es preciso que de una vez para siempre las gentes no se asusten ni se extrañen de que en la península, de que aquí, se hable una lengua además de la oficial. Es preciso comprender ese hecho con todas sus consecuencias; no asustarse de la realidad. [...] Es necesario que aquí se explique en catalán, porque yo prefiero que se haga así que no con la falsa comodidad de una lengua común. Dice que Madrid no concede el lugar que merecen a las culturas peninsulares y es indispensable que lleguen allí, sobre todo la cultura catalana. Esta cultura catalana hay que llevarla a Madrid. (Grandes aplausos). Es indispensable que haya más libertad, para que toda España se dé el régimen que democrática y culturalmente crea que debe imponer.

Todos estos pasos son clave para entender su posición a partir del fin de la Dictadura. El triunfo de la República en 1931 encuentra a un Américo Castro completamente favorable a este vuelco político y social. Para él representa una oportunidad única y apoyará los proyectos de reforma universitaria (25 de marzo de 1933, 5) con esperanza de cambiar todos los males que durante años había señalado, o incluso celebrará el triunfo del Frente Popular como prueba de la responsabilidad que el

pueblo español ha asumido en el devenir de su propio destino, al que no está dispuesto a renunciar (25 de febrero de 1936, 1). Su colaboración con el nuevo Estado será total; como afirma Juan Marichal (1998): “Su actuación, educativa y periodística, durante la Segunda República, en los años 1931-1936, le situó a la cabeza de los profesores universitarios más militantes en la defensa del nuevo régimen”. De ahí su aceptación del cargo de embajador en Alemania, algo que, curiosamente coincide con un robo perpetrado en su domicilio a los pocos días de ser nombrado para el cargo (*El Siglo Futuro* 2 de mayo de 1931, 6). Declaraciones como las remitidas a un periódico alemán con motivo de su nombramiento son un ejemplo de lo que para Castro representa la República como oportunidad para España: “El pueblo español, por primera vez, asume la plena responsabilidad de la dirección de sus destinos. En esta ocasión importante y solemne es nuestro primer deseo urgente entrar en relaciones amistosas con las democracias más libres y más cultas para cooperar tanto como podamos en la obra común de paz y progreso social” (Castro 12 de mayo de 1931, 5). Las críticas y rumores que acompañan este nombramiento serán variados y pintorescos, como la que lo relaciona con la construcción secreta de submarinos hispanoalemanes (*Crisol* 14 de mayo de 1931, 14). En todo caso, su labor al frente de la Embajada tendrá un carácter eminentemente cultural, y fiel a su preocupación por europeizar la ciencia española consigue un acuerdo para hacer llegar a la Biblioteca de la Facultad de Derecho en Madrid tanto la bibliografía publicada por una editorial alemana como las tesis aprobadas allí (*Crisol* 30 de noviembre de 1931, 2). Esta aventura diplomática acaba en enero de 1932, cuando Américo Castro renuncia a su puesto de embajador para reintegrarse a su cátedra en la Universidad, reconociendo él mismo que si aceptó el cargo fue por ayudar a la construcción del nuevo estado republicano en sus difíciles momentos iniciales. No todos lo vieron así; por ejemplo, el 16 de marzo de 1932 *Acción española* publica un artículo de Álvaro Alcalá-Galiano con comentarios como el que sigue:

Pero otros más afortunados, al constituir el Estado Mayor de *El Sol* y *La Voz* en sus campañas demoledoras, pasaron luego a ser, a la hora del triunfo, los protegidos oficiales de la República laico-masónica. Es decir, los intelectuales “enchufistas” del nuevo régimen a quienes no se escatimaron embajadas, actas y cargos remunerativos, en recompensa a haber difundido el espíritu revolucionario entre las masas. Basta recordar aquí los nombres de los señores Madariaga, Alamar, Américo Castro, Bello, De los Ríos, Pérez de Ayala, Baeza, Álvarez del Vayo, Araquistain y compañía, para darse cuenta de quienes han formado las vanguardias renovadoras. (26)

Las páginas de *Acción española* se convertirán en uno de los arietes contra las ideas de Castro, algo nada sorprendente de acuerdo con el análisis que de esta publicación ha hecho Raúl Morodo (1980). Volviendo a Cervantes, más interés tienen los comentarios que se publican contra las posturas científicas de Castro en su aproximación al autor del Quijote. Miguel Herrero-García se pregunta el 1 de enero de 1933 si está justificada la importancia que ha adquirido Erasmo entre los intelectuales españoles del momento: “Es la hora de Erasmo. Fernando de los Ríos, se declara erasmista; Américo Castro, escribe sobre las relaciones entre Erasmo y Cervantes; el Centro de Estudios Históricos, reedita el *Enquiridion*; hasta en *El Debate*, se aconseja manejar a Erasmo con mano nocturna y diurna. ¿Tanto interés tiene Erasmo para nosotros, hombres del siglo XX?” (Herrero-García 1933, 196). Ni que decir tiene que la respuesta que da el autor del artículo es negativa, utilizando además declaraciones de

Dámaso Alonso para justificar desde una postura completamente acientífica la falta de interés actual por el autor del *Elogio de la locura*, ya que en sus escritos no pensaba en el futuro, o en la sequedad y frialdad del estilo, que ya había sido denunciada por Ignacio de Loyola (Herrero-García 1933, 197).

El testimonio anterior sirve de muestra para una de las críticas más fuertes que Castro hace contra el pensamiento español sustentado en la religión. Esta actitud es uno de los pilares de su pensamiento, como se ha visto, pero se hace cada vez más combativa con el triunfo de la República. Así lo demuestra su público apoyo a la expulsión de los jesuitas, o las duras palabras que dedica en un artículo titulado “¿Religión?” a la Iglesia española, que no ha contribuido en nada a lo largo de su historia al conocimiento científico, ni siquiera en lo referido al estudio de los textos sagrados. Según Castro, los ricos españoles no invierten en ciencia, sino que entregan su dinero a beatas y frailes para asegurarse el más allá, y ensalza aliviado la existencia de las “dos Españas” (*Crisol* 30 de octubre de 1931, 8-9), ya que al menos una de ellas se aleja del dogmatismo y la pobreza intelectual impuesta por la religión. Ante la airada respuesta de un lector de su artículo, menos de un mes después Américo Castro es terminante:

En su haber, el catolicismo español no cuenta hoy con ninguna gran idea, con ninguna gran figura a quien haya que rendir tributo [...]. Los religiosos españoles, al sentirse discutidos a fondo, responden con pueriles milagrerías que harían sonrojar al P. Feijoo. (*Crisol* 24 de noviembre de 1931, 9)

Efectivamente, las críticas a Erasmo mencionadas antes están en esta línea de falta de rigor. Tampoco le gusta al señor Herrero-García que Américo Castro no acepte como novela picaresca *Rinconete y Cortadillo*, y son notables sus esfuerzos por contradecir al autor de *El pensamiento de Cervantes*, aunque no tanto sus argumentos:

Surge aquí una dificultad puesta por Américo Castro, quien niega a este libro de Cervantes el carácter de novela picaresca. Lo esencial de este género, viene a decir, no consiste en tratar de pícaros, sino en la visión de la vida y del mundo, obtenida por los ojos de los pícaros, y en la consecuencia emotiva de pesimismo o de sarcasmo que de tal visión se desprende. No estamos de acuerdo. (Herrero-García 1933, 139)

Una vez más destaca la clarividencia con que Castro se enfrenta a la complejidad del hecho literario en Cervantes, incluso cuando sus palabras son utilizadas por sus detractores. Otro de ellos, José María Pemán, es también contrario a la interpretación que aparece en *El pensamiento de Cervantes* y se empeña en construir una imagen monolítica del autor de *Don Quijote* y adecuada a la visión no problematizada del imperio español tan cara a los escritores fascistas de la España de los años treinta:

Es una interpretación falsa esa de Américo de Castro, que cree ver en Cervantes la continua hipocresía temerosa de un espíritu casi escéptico cuya pluma teme los rigores de la Inquisición. Nada más contrario a la saludable desenvoltura del riente estilo cervantino. Cervantes es claridad y modernidad absoluta, sin más límite que el de la propia sinceridad de la fe que preside su honrada vida y su cristiana muerte. Su pluma corría con segura libertad, en la misma medida que su espíritu creía con ahincada firmeza. (Pemán 1934, 228)

Durante estos años de la II República, se suceden comentarios como los citados aquí, no solo contra la interpretación que Castro da de Cervantes, también de lo que fue aquella época histórica que luego bautizaría como “La Edad conflictiva”. Pero como el mismo don Américo señaló años después y ya desde el exilio, la complejidad de la figura de Don Quijote acabó por no encajar correctamente en la nueva España que se forja a partir de 1939. Manuel de Montolú escribe el 23 de octubre de 1939 en *La Prensa* de Buenos Aires un artículo titulado “En busca del poeta nacional de España”, en el que señala que la visión de Cervantes en su gran novela no es la de una España imperial, no es la novela de los grandes caballeros, sino la del pueblo, los menesterosos, los mesoneros, etc., y dice: “El Caballero de la Triste Figura, encarnación suprema de la filosofía del desengaño, es el heraldo de la inminente debilitación de la unidad espiritual del Imperio”. Estas palabras, citadas por Américo Castro, le sirven para concluir: “Montolú barruntó con acierto que Cervantes no encarnaba los altos principios que, desde su cima, regían la estructura de la España imperial” (Castro 1967, xx). El que en otros momentos fuera compañero en consejos de redacción de diversas publicaciones e incluso admirador de sus obras, Ernesto Giménez Caballero, se transforma a partir de 1931 en uno de sus detractores, precisamente a cuenta de esta visión de *Don Quijote*. Con tan duras palabras como las que se citan a continuación saluda un nuevo libro de Castro sobre Cervantes:

La actual publicación en París (ediciones Riéder) de un "Cervantes" redactado en francés directamente por Américo Castro me da ocasión para abordar un tema que hace mucho tiempo pugnaba por desbordármeme en la pluma. Y ese tema no es otro que el de desenmascarar definitivamente al "Quijote" como el libro más antinacional, peligroso, inmoral y trágico de España. Él libro más desterrable de España. El libro más temible y corrosivo de España. El peor veneno de España. Libro sádico que no termina nunca de estrangularnos y dejarnos morir santamente, y así intentar una resurrección y un renacer. (Giménez Caballero 17 de enero de 1932, 1)

Asombrosas palabras que son completadas unos meses después negando la interpretación sobre la importancia de Erasmo en la cultura española que ofrece Américo Castro. Este nuevo artículo de Giménez Caballero empieza nada menos que declarando los peligros de *El pensamiento de Cervantes*:

Cuando apareció el libro de Américo Castro, "El pensamiento de Cervantes" (1925), yo lo comenté en este mismo sitio. Después, en otros varios. Vi, desde el primer momento, que se trataba de un libro enormemente polémico, donde la pasión política se halla fríamente disimulada entre una buena enredadera erudita. Américo Castro, con su libro, pretendía nada menos que entronizar el sagrado corazón de Cervantes en la Institución Libre de Enseñanza, aunque aparentemente semejase lo contrario: la introducción de un institucionista en el sagrario cervantino. (Giménez Caballero 7 de agosto de 1932, 3)

Comentaristas y críticos que están descubriendo que la literatura tanto como la crítica que de ella se ocupa están cargadas de ideología<sup>3</sup>: “el "Pensamiento" de Cervantes—a partir de la interpretación "americista"— queda demasiado inclinado

<sup>3</sup> Por supuesto, esto no representa ningún descubrimiento, aunque hay todavía quien se resista a aceptarlo. Para un análisis del término ideología en literatura y en especial en la novela contemporánea española véase Becerra (2013).

hacia "lo moderno", hacia la vertiente de la izquierda" (El Robinsón Literario de España 1932, 3). La literatura se convierte así en una forma de mirar la realidad, no solo el pasado, sino el presente desde el que se habla. Las críticas que Américo Castro dedica a Ludwig Pfandl y a su *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro* (el original en alemán había aparecido en 1929 y la traducción española es de 1933) son rápidamente contestadas desde las páginas de *Acción Española*. El 1 de septiembre de 1934 José Luis Vázquez Doderó (145-146) responde a esas críticas desde una posición ideológica que está en las antípodas de aquella que Castro pedía para poder empezar a hacer ciencia en este país. Baste solo un ejemplo de tan encontradas posturas:

Algunas afirmaciones del Sr. Castro son sobremano graciosas. Así, por ejemplo, se queda muy preocupado cuando Pfandl, como cualquier católico que tocara este punto, dice que los místicos escriben por inspiración sobrenatural: "Según él—comenta D. Américo— los místicos escriben por inspiración sobrenatural... Todo ello es muy respetable; pero el modesto poder de nuestro análisis se detiene ante esas palabras un tanto perplejo". No vale la pena, señor, de que detenga usted perplejamente el modesto poder de su análisis ante una cosa tan sencilla. *Según él*, no; según la Iglesia—y no hay quien lo ignore— la Mística designa relaciones sobrenaturales: el misticismo es un estado psíquico no alcanzable sin el don gracioso de Dios. Allá usted señor Castro, si usted piensa que una y otro no son, pongo por caso, sino transformaciones o sublimaciones de la "libido". Pero quedarse perplejo porque un católico exponga los dogmas de la Iglesia es tan risible como sería maravillarse de que el señor Castro escriba cosas mal avenidas con la ortodoxia.

Desde las filas del que en muy poco tiempo iba a ser llamado "nacional catolicismo" no se acepta ninguna disensión ni excepción, no se aceptan interpretaciones de la realidad que no tengan sus raíces en la religión católica más ultramontana. Por contraste, mucho más moderada es la opinión de Guillermo de Torre (1935, 68), quien tras ensalzar el libro de Pfandl, ("Libro capital, grandioso esfuerzo de sistematización, del cual debe empezarse por reconocer humildemente que no tiene equivalencia original en nuestra lengua"), añade después: "Aunque luego no deje de merecer, por cierta visión unilateral, que empuje algunas de sus páginas, los reproches autorizados que le dirigieron Américo Castro y J. F. Montesinos".

Las críticas de Castro durante la República no alcanzan solo a la Iglesia, sino que se dirigen contra la oligarquía en general y contra una clase social que nada hace por el desarrollo del país:

La máxima responsabilidad viene incumbiendo al señorito ocioso. A éste habría que persuadirlo a que saliera de su mezquino tipo de vida, consistente en no hacer nada, o en hacer que hacemos. Si es inteligente, debía poner en marcha su testa abrigada por la gomina; si es menos inteligente que se interese por cualquier cosa, y que se prive de parte de su dinero. Ahora creen andar ocupados porque defienden las tradiciones religiosas. Pero digo a ellos, como a otros berreantes de la acera opuesta: cuando se restableciesen todas las tradiciones religiosas, ¿qué íbamos a hacer? ¿Qué nuevo valor iba a ofrecer el español, individual o colectivamente? ¿O es que hay algún pueblo católico y culto que piense que la misión del ciudadano se llena con mantener las procesiones y asistir a ellas? Que piensen más bien los regidores del catolicismo español en despertar el sentido de la responsabilidad humana, en formar administradores

honestos y competentes para los Municipios, grandes y chicos, y en llevar al campo civilidad y urbanismo. En vez de eso, a todo lo que aspiran es, por ejemplo, a que no haya divorcio y a que España se aparte de las leyes europeas. (Castro 12 de enero de 1932, 3)

Américo Castro es cortante e incisivo en sus críticas sociales, no perdona a los que considera responsables del atraso cultural, académico y social del país. En estos ataques se acerca, sin compartir su punto de vista ni su posición ideológica, a la defensa que hace Walter Benjamin de los perdedores de la Historia. Cuando Benjamin en su tesis VII *Sobre el concepto de Historia* afirma que el historiador historicista empatiza siempre con los vencedores colaborando así con la clase dominante (Löwy 81), parece mostrar el reverso de lo que Castro quiere hacer con su propia visión de la Historia. De ahí que el blanco de sus críticas sean precisamente aquellos que unos años después iban a ganar una guerra civil para poder imponer su perspectiva y su forma de vivir a toda la nación española. Dice don Américo con toda lucidez en 1934:

El catolicismo español, el que bulle en la vía pública y al que me he referido, es un hermano siamés de lo que con razón o sin ella se denomina "derechas". La etiqueta católico-cristiana, la de las fachadas, cubre una política de clase, de defensa de un bienestar material, y de desdén y odio contra esas legiones de desvalidos, que tendrían que ser mirados como hijos de Cristo, aun cuando no militen en el partido político de quienes no sueñan sino con aplastarlos. [...] La Iglesia — hoy, aquí—se produce en forma esencialmente política, y se aferra al capital, a los "haberes". Ni decir esto es anticlericalismo, ni antigualla, ni nada. Esto es así, y todo el que tenga ojos y oídos lo está percibiendo. (Castro 2 de junio de 1934, 2)

Esta connivencia entre la Iglesia y las derechas del país representa todo lo contrario de lo que la República había abierto como esperanza a partir de 1931, con sus momentos buenos y malo, que don Américo también señala en varios artículos de la época, pero con la conciencia de que es la oportunidad de que por fin España dé un vuelco y se aleje de los valores y comportamientos defendidos desde el púlpito y los discursos fascistas:

Pero más anticuado parece todavía que el Estado trueque los frenos, y ponga aviesamente la enorme fuerza de sus medios materiales al servicio de los fariseos que piden respeto para un Cristo aparencial—orden policíaco, pena de muerte, aplastamiento de quienes no se resignen—, cuando, en verdad, lo que pasa es que se brinda el cobijo de la riqueza para que, en cambio, sus tenedores tengan garantizada la irresponsabilidad. Ni eso es paz, ni eso es República. Al menos, uno para su España soñó en otra cosa. (Castro 26 de mayo de 1934, 3)

Quizá esto pueda explicar la dificultad con que todavía hoy, en pleno siglo XXI, se aceptan, leen, trabajan en el mundo universitario y académico las tesis de don Américo. Una situación que sigue pareciéndose mucho a la de la España franquista, como recuerdan estas palabras de Alberto Porqueras Mayo (75) sobre su experiencia universitaria en los años 50: "Notaba en otros profesores un silencio absoluto sobre la obra de Américo Castro, o incluso una clara antipatía, lo cual interpretaba yo entonces como un resultado del trauma histórico que había separado ideológica y personalmente, a tantos españoles". Una excepción era Rafael Lapesa, "que incorporó inmediatamente a

sus lecciones de clase los puntos de vista de don Américo” (Porqueras Mayo 74). Y otra es Lázaro Carreter, quien escribe un duro artículo contra Entrambasaguas, de quien comenta que “si algún día aparecía [a dar clase] era para poner verde... a don Américo o a otros profesores ilustres que no podía defenderse” (782), y pone ejemplos de estos peyorativos comentarios, no solo emitidos en las aulas, también publicados: “maniquí erudito”; “el ridículo Américo Castro”; “el judaico Américo Castro, que por suerte ni se sabe dónde está, aunque se sospecha que está mascando goma en Norteamérica” (*apud*. Lázaro Carreter 777).

A partir de 1939, la obra de Américo Castro fue borrada del panorama intelectual español, algo que deseaban fervientemente sus enemigos políticos, que eran los mismos que trabajaron incansablemente para destruir el ensayo republicano. Sus nuevos trabajos serían leídos en América y con mucho retraso conocidos en España, pero la evolución de su pensamiento no influyó en el devenir de los estudios históricos o literarios del país que tanto anhelaba cambiar e insertar en la comunidad científica internacional. Y eso a pesar de opiniones entusiastas como las de Porqueras Mayo (78), que considera *El pensamiento de Cervantes*, obra “todavía insuperada. Creo que sigue siendo el libro básico de conjunto sobre nuestro gran clásico, y no me parece invalidado, sino tan solo complementado, por las nuevas tesis castrianas que asoman en los trabajos posteriores”.

Muy distintas opiniones pueden encontrarse en épocas más modernas, como el artículo de José Antonio López Calle, que se dedica con minuciosidad a demostrar “que en Cervantes no hay huella alguna de erasmismo, ni patente ni latente, en el cuadro que del cristianismo nos pinta en el *Quijote* y que, por tanto, no hay razón alguna seria para considerar que su visión del cristianismo sea de carácter erasmista”(López Calle 2011). Sin embargo, los ecos de las palabras de Castro sí llegaban hasta una intelectualidad que iba a construir sus propias obras siguiendo el parámetro de enfrentarse a lo que había sido la España republicana y lo que de ella quedaba en el exilio. Así lo cuenta Juan Marichal (1998), por ejemplo: “El autor era Américo Castro (1885-1972), y el título, *España en su historia*. Uno de sus primeros lectores, Claudio Sánchez Albornoz (1893-1984), anunció, ya en 1948, que se proponía escribir un anti-Castro para rebatir la interpretación de la historia de España expuesta por Américo Castro”.

El repaso que hemos hecho por artículos, conferencias, debates, etc., para rastrear la reacción política que recibió su acercamiento a Cervantes nos dibuja a un Américo Castro tan involucrado con el pasado de España como con el presente que le tocó vivir. Si en 1997 José María Ridaó podía afirmar al hablar de Américo Castro que “la sensación de quien se acerque a su obra es que sus preocupaciones de entonces siguen siendo nuestras preocupaciones de ahora”, resulta aún más sorprendente comprobar que en 2014 esta frase sigue siendo válida, que la España que atacó frontalmente sus intentos de regenerar la vida cultural y educativa, su acercamiento imparcial y objetivo, o valdría decir científico, a su pasado, aquella España que ganó una guerra y desterró a la otra España, sigue viva y goza de muy buena salud, puesto que los problemas denunciados por Castro se parecen demasiado a la situación actual. Don Américo demostró que “Cervantes participaba plenamente de las preocupaciones políticas y religiosas de su época, era consciente de que sus ficciones bordeaban los límites de lo permitido, ironizaba sobre el orden cristiano que cuajaba entonces” (Ridaó 1997), de la misma manera que hizo él con sus escritos, proponiendo una apertura y una liberación del constreñido pensamiento dominante en España. Bastaría ver la pobreza de argumentos con que fueron atacadas sus obras para comprender cuán necesario sigue siendo hoy redescubrir a Cervantes a través del pensamiento de Américo Castro.

**Obras citadas**

- La Acción*. Nota anunciando el viaje de Américo Castro a Buenos Aires (11 de mayo de 1923): 3.
- . Nota anunciando el banquete en honor de don Américo Castro en Chile por el señor Amunátegui, rector de la Universidad de Chile (26 de noviembre de 1923): 2.
- Alcalá-Galiano, Álvaro. “La caída de un trono IV”. *Acción Española* 7 (16 de marzo de 1932): 12-27.
- Astrana Marín, Luis. “Una revista coetánea inédita del *Buscón*”. *La Libertad* (10 de septiembre de 1925): 5.
- Becerra Mayor, David. *La novela de la no-ideología. Introducción a la producción literaria del capitalismo avanzado en España*. Madrid: Tierra de Nadie Ediciones, 2013.
- Bellogin, Andrés. “Un magnífico libro”. *La Libertad* (25 de diciembre de 1929): 2.
- Castro, Américo. “Cosas de la incultura”. *El Sol* (1 de mayo de 1920): 4.
- . “Religiosidad y *Gaceta*”. *La Libertad* (28 de septiembre de 1921): 5.
- . “Las cosas en su punto”. *El Sol* (4 de octubre de 1921): 5.
- . “Universidad y autonomía”. *España* 308 (18 de febrero de 1922): 6.
- . “La atonía española”. *El Sol* (9 de agosto de 1922): 4.
- . “La enseñanza de la lengua y literatura española”. *El Sol* (21 de diciembre de 1922): 6.
- . “Miscelánea hispánica”. *El Sol* (19 de marzo de 1925): 8.
- . “¿Será verdad?”. *El Estudiante. Semanario de la juventud escolar española* 6 (junio 1925): 3-4.
- . “Nuestra Segunda Enseñanza vista desde el extranjero. Notas de viaje, I”. *El Sol* (16 de abril de 1926): 5.
- . “Nuestra Segunda Enseñanza vista desde el extranjero. Notas de viaje y II”. *El Sol* (29 de abril de 1926): 5.
- . “Judíos”. *La Gaceta Literaria* 1 (1 de enero de 1927): 2.
- . “La Ciudad Universitaria”. *El Sol* (6 de enero de 1928): 1.
- . “Fuentes de la Historia de España”. *El Sol* (19 de febrero de 1928): 4.
- . “La función de las minorías a través de la historia de España”. Comentada en *La Voz* (4 de marzo de 1929): 6.
- . “Con gran brillantez se celebraron distintos actos de confraternidad intelectual castellano-catalana”. *El Heraldo de Madrid* (24 de marzo de 1930): 16. El artículo reproduce en gran parte el discurso literal de Américo Castro.
- . “Una carta y una réplica. El problema de la enseñanza”. *El Sol* (17 de julio de 1930): 1.
- . “Américo Castro hace unas interesantes declaraciones a *Wossische Zeitung*”. *El Sol* (12 de mayo de 1931): 8.
- . “¿Religión?”. *Crisol* (30 de octubre de 1931): 8-9.
- . “Más sobre el momento religioso”. *Crisol* (24 de noviembre de 1931): 9.
- . “Postulando una retaguardia”. *Luz* (12 de enero de 1932): 3.
- . “Escolaridades”. *El Sol* (18 de diciembre de 1932): 1.
- . “Don Américo Castro estima que el proyecto del ministro es útil y necesario”. *El Sol* (25 de marzo de 1933): 5.
- . “El hambre, la Iglesia y la Nación”. *Diablo Mundo* 5 (26 de mayo de 1934): 3.
- . “Adiciones a un artículo2”. *Diablo Mundo* 6 (2 de junio de 1934): 2.
- . “Las Elecciones. España, moral de siglos”. *El Sol* (25 de febrero de 1936): 1.

- . "Cervantes y el *Quijote* a nueva luz". Prólogo a Miguel de Cervantes. *Don Quijote de La Mancha*. Barcelona: Alfaguara, 1967.
- . "Cómo veo ahora el *Quijote*2. Estudio preliminar a *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid: Magisterio Español, 1971.
- . Julio Rodríguez Puértolas ed. *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona: Editorial Noguer, 1972.
- Crisol* (28 de abril de 1931): 16.
- . (14 de mayo de 1931): 14.
- . (26 de mayo de 1931): 9.
- . (30 de noviembre de 1931): 2.
- La Época*. "Las conferencias de ayer" (29 de enero de 1925): 3.
- Giménez Caballero, Ernesto. "El pensamiento de Cervantes y el de Américo Castro, I y II". *El Sol* (25 y 26 de mayo de 1926): 1.
- . "Un peligro nacional. La vuelta de Don Quijote", I. *El Sol* (17 de enero de 1932): 1 y 12.
- . "Un peligro nacional. La vuelta de Don Quijote", II. *El Sol* (31 de enero de 1932): 3. Bajo el seudónimo de *El Robinsón Literario*.
- . "Erasmismo y catolicismo. Cervantes y el genio de España". *El Sol* (7 de agosto de 1932): 3.
- Herrero-García, Miguel. "Actividades culturales". *Acción Española* 20 (1 de enero de 1933): 192-197.
- . "Ascética y picaresca II". *Acción Española* 26 (1 de abril de 1933): 132-143.
- Lázaro Carreter, Fernando. "Réplica al profesor Entrambasaguas2. *Revista de archivos, bibliotecas y museos* (1 de julio de 1974): 773-782.
- López Calle, José Antonio. "Américo Castro y la exégesis erasmista del *Quijote*". *El Catoblepas. Revista crítica del presente* 112 (junio 2011). Disponible en <http://www.nodulo.org/ec/2011/n112p06.htm>
- Löwy, Michael. *Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis "Sobre el concepto de historia"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Marichal, Juan. "La España de Américo Castro (1948)". *El País* (23 de mayo de 1998). Disponible en [http://elpais.com/diario/1998/05/23/opinion/895874402\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1998/05/23/opinion/895874402_850215.html)
- Marín, Nicolás. "Palabras de don Américo". *Ínsula* 314-315 (1973): 11.
- Martínez Torrón, Diego ed. *Sobre Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- Morodo, Raúl. *Acción española. Orígenes ideológicos del franquismo*. Madrid: Tucur Ediciones, 1980.
- Pemán, José María. "Nuestra Reforma y nuestro Renacimiento». *Acción Española* 51 (16 de abril de 1934): 222-232.
- Peña, Aniano. *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes*. Madrid: Gredos, 1975.
- P.N.M. "Libros y Revistas. Reseña de libro de J. M. Polar *Don Quijote en Yanquilandia*". *España y América* (1 de octubre- 31 de diciembre de 1926): 71.
- Porqueras Mayo, Alberto. *Estudios sobre Cervantes y la Edad de Oro*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- Portolés, José. *Medio siglo de filosofía española (1896-1952). Positivismo e idealismo*. Madrid: Cátedra, 1986.
- "Resumen de literatura española (1925-1926)". *Oro de Ley* (15 de octubre de 1926): 322-324.

- Ridao, José María. “Américo Castro 25 años después”. *El País* (25 de julio de 1997).  
Disponibile en  
[http://elpais.com/diario/1997/07/25/opinion/869781604\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1997/07/25/opinion/869781604_850215.html)
- Rodríguez Puértolas, Julio. “Prólogo” en Américo Castro. *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*. Madrid: Editorial Trotta, 2002. 9-25.
- El Siglo Futuro*. “Atraque barraque”. (28 de enero de 1926): 1.
- . “Frutos del estatismo educador” (7 de abril de 1931): 4.
- Sotelo Vázquez, Adolfo. “Américo Castro y la Generación del 14”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 426 (diciembre 1985): 29-50.
- Torre, Guillermo de. “El ensayo, la crítica y otras prosas”. *Almanaque literario* (1 de enero de 1935): 62-71.
- Vázquez Doderó, José Luis. “Actividad intelectual”. *Acción Española* 60 (1 de septiembre de 1934): 654-670.
- Vélez, P. M. “Libros y revistas”. *España y América* (1 de abril-30 de junio de 1926): 448-451.